

Estado y Economía (1)

La determinación de la función que corresponde al Estado contemporáneo en el campo de la economía social constituye uno de los temas centrales de nuestra época. Es, en consecuencia, especialmente grave el hecho de que, en la consideración de ese tema, la fuerza emocional de los mitos suplante muchas veces al poder de la razón. Ello ocurre, por lo demás, por causas fácilmente explicables. Los mitos penetran por los sentimientos y se propagan entre las gentes, como las más peligrosas endemias, por contagio. Los juicios racionales requieren, por el contrario, un difícil proceso de estudio y reflexión. Sólo se imponen por el esfuerzo continuado de los hombres que tienen conciencia de su indeclinable responsabilidad intelectual.

El mito colectivista y el mito liberal

En un intento de inevitable simplificación podríamos reducir esos mitos a tres tipos fundamentales.

El primer tipo, que pudiera llamarse mito colectivista, es el que caracteriza a los ideólogos de las diversas doctrinas políticas totalitarias. Considera que el Estado, en cuanto personificación del interés general, tiene la misión de dirigir y controlar, en su integridad, los recursos productivos y, por lo tanto, el proceso económico de la comunidad. Imagina que ha de lograr así sustituir una economía anárquica e injusta, basada en el afán de lucro individual, por una economía planificada, que ha de satisfacer a cabalidad las necesidades de los hombres. Es este el mito que late en las utopías humanas de todos los tiempos y el que ha inspirado modernamente las políticas despiadadas del nacionalsocialismo alemán y del marxismo-leninismo soviético.

Esa concepción es ilusoria porque se basa en la ignorancia de las realidades objetivas de la economía y en el desprecio de las enseñanzas de la historia. No obstante, se ha convertido en uno de los ídolos de la mitología política de nuestra época. Como todos los falsos ídolos, sólo ha servido allí donde se ha logrado imponer, para empobrecer y sacrificar a los pueblos que se han ofrendado a la nueva e implacable deidad.

El segundo tipo, que pudiera llamarse el mito liberal, niega que corresponda al Estado función alguna en la economía de la comunidad. Considera que el Estado es un instrumento inútil, si no nefasto, que sería preciso arrinconar. Imagina que, dejando que cada cual haga lo que le venga en gana, ha de lograrse, por obra de una misteriosa ley, un orden de armonía y de felicidad.

Esta concepción es igualmente ilusoria. Pero lo es en forma muy distinta de la anterior. Lo es, en efecto, porque no hay nadie digno de ser citado que haya salido nunca en su defensa. No tiene ni ha tenido nunca que ver con el verdadero pensamiento liberal, ni puede identificarse con el sentido progresivo que tuvo, en un mundo deformado por trabas mercantilistas y feudales, la consigna del *laissez faire*. Constituye un ídolo imaginario que

han inventado, a manera de espantajo popular, los que pretenden atraer a la gente hacia el mito del Estado redentor.

El mito de la intervención

Existe, además, un tercer mito, que es de líneas más imprecisas, pero no menos ilusorio que los otros dos, y que pudiera llamarse el mito de la intervención. Es el que sostienen aquellos que perciben las amenazas efectivas del mito colectivista y quieren a la vez evadir el imaginario mito liberal. Es el mito de los espíritus ingenuos que pretenden eliminar las injusticias de este mundo sin analizar las causas efectivas que las ocasionan; de quienes imaginan que el Estado puede, mediante intervenciones bien intencionadas, abrir ilimitadas perspectivas de bienestar y prosperidad.

Es también el que utilizan, con criterios puramente egoístas, aquellos que tratan de canalizar esas intervenciones aisladas en favor de su interés particular. Y es en este aspecto, el que amenaza convertir al Estado moderno en un campo de lucha de intereses bastardos, en el cual, como decía agudamente Bastiat, todo el mundo se esfuerza en vivir a expensas de todo el mundo.

Este tercer mito es, en cierto modo, el más respetable y el más peligroso de los tres. Es el más respetable porque se apoya muchas veces en generosos objetivos sociales y pretende evitar a los hombres la miseria económica y espiritual del colectivismo integral. Y es el más peligroso porque, bajo un ropaje altruista, contribuye inconscientemente a la destrucción de un orden económico que no entiende o no quiere entender y abona así el terreno para las consignas simplistas del colectivismo. El mito de la intervención es el trágico exponente de una época de impotencia y desorientación.

El Estado y el Mercado

Es, por lo tanto, un deber elemental, eludir el mundo ilusorio de la mitología política y analizar, a la luz del conocimiento racional, la significación y las funciones del Estado en la economía de los pueblos.

Ello requiere, en primer término, el estudio y conocimiento de los mecanismos del mercado y del proceso de la economía social. Requiere, en consecuencia, entender los datos y las leyes que condicionan la conducta de los hombres en un mundo cuya primordial característica económica es la escasez de los medios de satisfacción de las necesidades.

Es necesario entender, por ejemplo, que el Estado puede fijar un precio máximo a una mercancía, si dispone de un aparato coercitivo suficientemente eficaz para ello, pero no puede decidir, ni siquiera prever, los efectos que esa fijación ha de tener en la producción y en el consumo de esa y de las demás mercancías. Es por el contrario, el mercado el que lo ha de decidir. Es, por ejemplo, también necesario comprender que el Estado puede elevar un impuesto. Pero también el mercado el que ha de decidir si esa elevación ha de aumentar o disminuir los rendimientos fiscales y quiénes son, a través del proceso de traslación, aquellos que en definitiva lo han de pagar. Es también necesario, por ejemplo, tener en cuenta que el Estado puede, directa o indirectamente, imponer un alza de salarios. Pero es asimismo el mercado el que ha de decidir acerca de los efectos de esa alza sobre la producción, sobre la inversión, sobre los precios y sobre el empleo y, en consecuencia,

sobre el mejoramiento o desmejoramiento efectivo de las condiciones de vida de los asalariados.

Es, en suma, indispensable percibir que es el mercado y el mecanismo de los precios, esto es, la acción de todos y de cada uno de los hombres en el irrenunciable ejercicio de su destino individual, lo que en definitiva determina el proceso económico de la comunidad. Y que, en consecuencia, es sólo a través de la comprensión y de la utilización racional de esos mecanismos como es posible aprovechar adecuadamente los recursos escasos disponibles y asegurar a los hombres un máximo de libertad y bienestar.

Es evidente que eso no se comprende sin más. Como tampoco se comprenden sin más las reglas de medicina, a pesar de que son ellas y no las pócimas de los curanderos, las que contribuyen a curar y aliviar a los enfermos. Como tampoco se comprenden sin más las reglas de la agronomía, no obstante que mediante ellas, y no a través de sortilegios mágicos, se mejora el rendimiento de las cosechas.

En esa dificultad estriba precisamente el poder expansivo de los mitos. Si los hombres no entienden esas leyes, si no perciben cuáles son las posibilidades de acción del Estado en el seno de la economía social, contribuirán, sean los que fueren sus deseos, al empobrecimiento de la comunidad. Y han de desembocar en el mito colectivista, donde los errores se ocultan tras una refinada maquinaria burocrática de propaganda y de terror. O han de desembocar en el mito de la intervención, donde han de buscar a cada instante víctimas propiciatorias para hacerlas responsables del fracaso reiterado de sus buenas intenciones.

Las funciones del Estado

El conocimiento de ese orden y de esas leyes no requieren en modo alguno que el Estado moderno haya de adoptar la actitud de inhibición del imaginario mito liberal.

Tiene, en primer lugar, que imponer el conjunto de normas e instituciones que constituyen el cuadro en que se enmarcan las operaciones del mercado. Una economía de mercado viable y satisfactoria no se produce, como ha señalado Röpke, por el hecho de que nos concretemos a no hacer nada. La economía de mercado es un producto de la cultura humana y, como todas las obras humanas, supone un esfuerzo y una tarea constantes encaminados a su realización.

Tiene, en segundo lugar, que dirigir y organizar los recursos productivos destinados a la satisfacción de las necesidades colectivas de la comunidad, esto es, aquellas que no son normalmente objeto de demanda individual y que no pueden, por lo tanto, satisfacerse por la acción de las fuerzas del mercado. Ello implica la planificación y ejecución de la política fiscal e implica, especialmente en los países poco desarrollados, la realización del conjunto de inversiones –tales como vialidad, educación y sanidad– que integran la infraestructura de la economía de la comunidad. Tiene, en tercer lugar, que adoptar, a la luz de los datos efectivos del mercado –y de acuerdo con las realidades específicas de cada hora y de cada pueblo–, un conjunto sistemático de medidas encaminadas a asegurar el desarrollo dinámico y estable de la economía, a estimular y facilitar sus mecanismos funcionales y a

evitar especialmente la presión de grupos de intereses –que conspiran, en su propio beneficio, contra las fuerzas creadoras de la libertad y de la competencia-.

Por último, en un mundo entrecruzado, en el orden interno e internacional, por un intrincado ramaje de regulaciones inútiles o perturbadoras tiene además que intervenir para eliminar paulatinamente, con un mínimo de fricciones y de dolores humanos, aquellas que no están socialmente justificadas y para restablecer así, sobre bases convenientes para todos, los mecanismos institucionales de una economía progresiva.

Las cuatro funciones expresadas están íntimamente vinculadas entre sí y suscitan innumerables cuestiones que no es siquiera posible esbozar aquí. En ellas confluyen la política fiscal y la política monetaria, la política comercial, industrial y social, y, en general, el sistema integral de la política económica del Estado.

Para articular debidamente esas funciones, el Estado ha de realizar una ingente labor de estudio, planificación y ejecución. Más esa planificación no es la simple expresión de esquemas utópicos. Es la racional adecuación de medios a fines, en la inteligencia de que esos fines deben engranar en el orden del mercado y de la economía.

El estudio, planificación y realización de esa política racional absorbe con creces las energías humanas y materiales de cualquier Estado moderno. Ello es particularmente cierto en países que, como sucede en el nuestro y en general en los de América Latina, no disponen hoy todavía de un equipo administrativo suficientemente capacitado para llevarlas a cabo.

¿Cómo se explica si no es por el poder irracional de los mitos que no pudiendo realizar adecuadamente las funciones que el Estado tiene el deber irrenunciable de realizar, distraiga energía y recursos hacia finalidades que sólo pueden servir para perturbar el desarrollo racional de la economía de la comunidad?

(1) Tomado de Orientación Económica, Editorial del No. 4, abril 1962.